

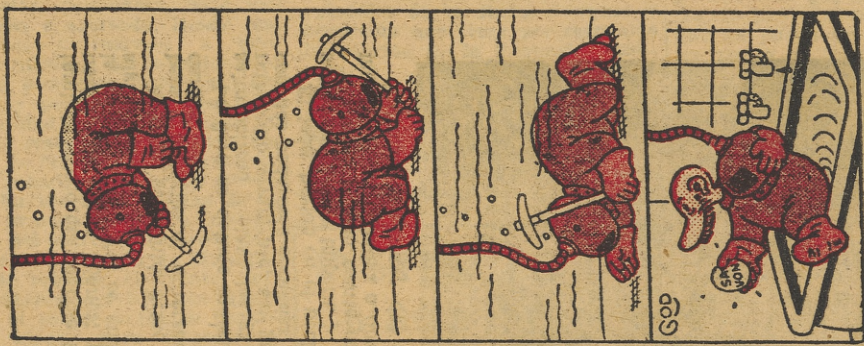
Humor extranjero

DESPUES DEL PLATO DE SETAS

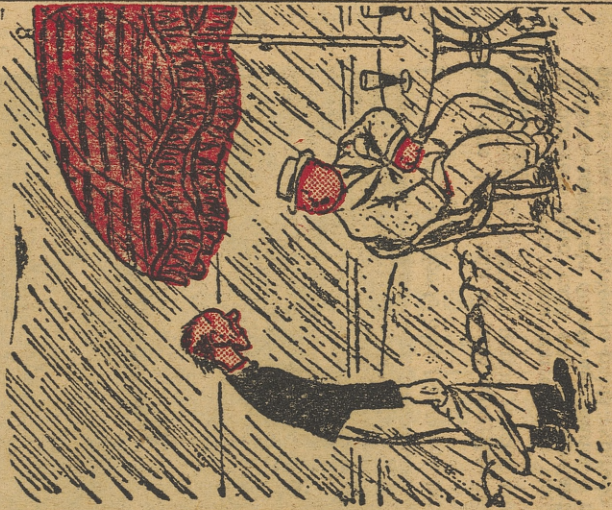


—Si no me retraso, habiéramos sido trece a la mesa, y hubiera sucedido alguna desgracia.

Aventuras de Júpiter

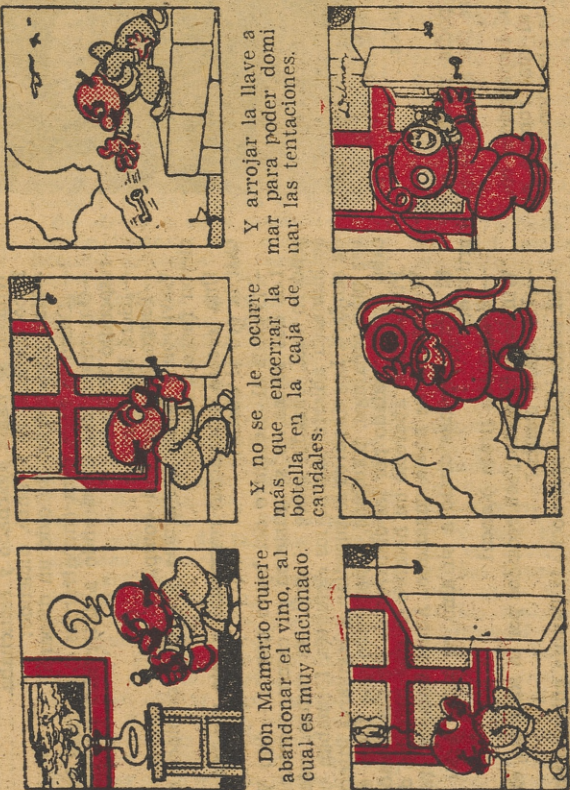


El buzo



—Oiga, camarero. Estoy llamándole ya dos horas. ¿No habrá manera de tener un poco de agua?

EL VINO



Y no se le ocurre más que encerrar la botella en la caja de caudales.

Y arrojó la llave a mar para poder dormir las tentaciones.

Volviendo a casa, echó el trazo más delicioso de su vida.

Corrió al muelle, se vistió de buzo y buscó hasta encontrar la llave...

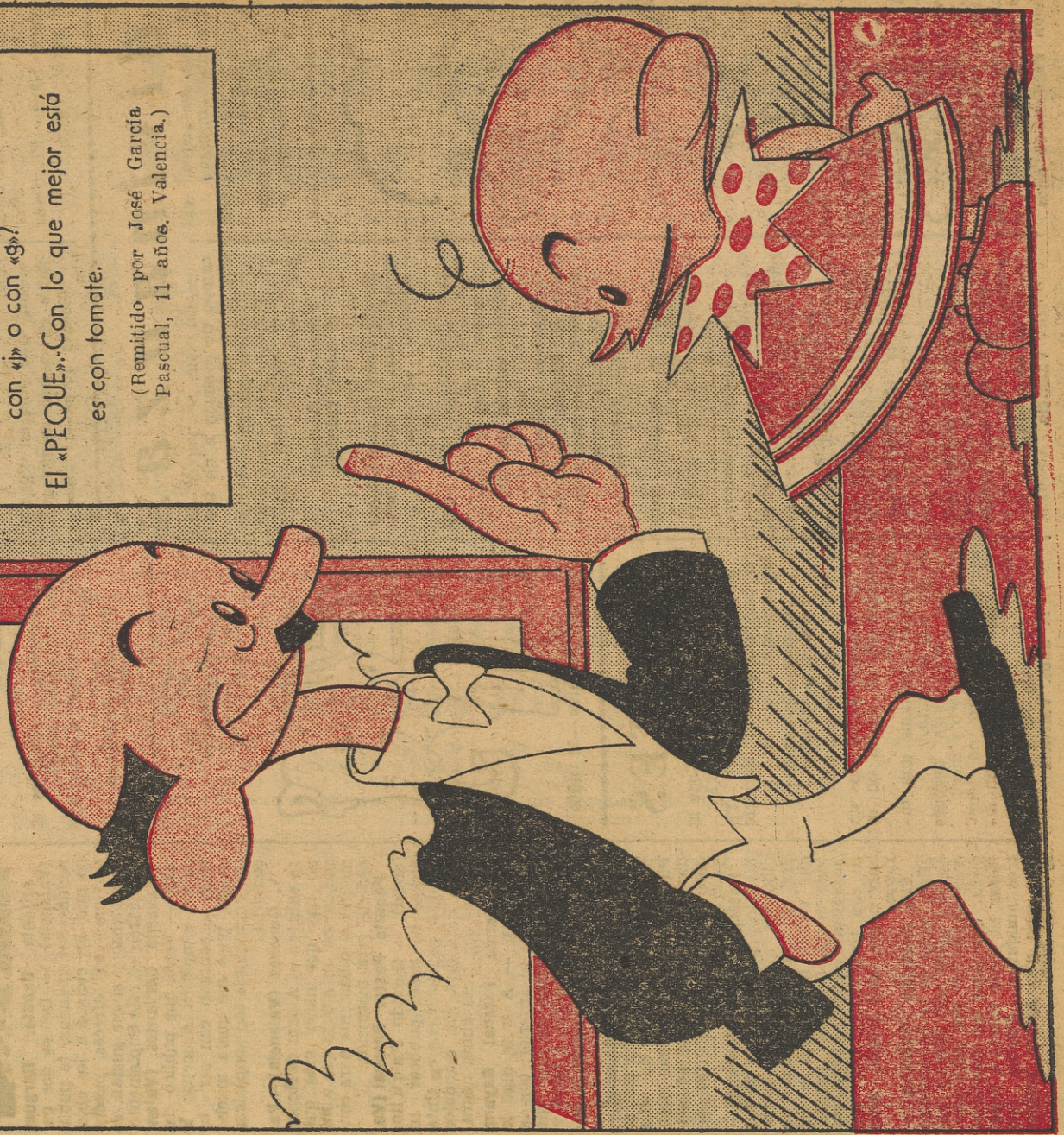
Pero Mamerto no podía olvidar el vino, y obsesionado,

EN CLASE

PROFESOR.-Vemos a hacer unas preguntitas. Tú mismo «Peque», ¿con qué está mejor jamón, con «j» o con «g»?

EL «PEQUE».-Con lo que mejor está es con tomate.

(Remitido por José García Pascual, 11 años, Valencia.)



Colaboración INFANTIL



Francisco Pardo Fiquete,
13 años, Valencia.



—¿Es verdad que hay mucha gente en la luna?
—Unos quince mil millones.
—¿Si que estarán apretados en cuarto menguante!
Vicente Jorge—11 años

ADIVINANZAS

—¿En qué se parece «El Peque» a una hormiga?
—En que la hormiga también es «peque-peque».
Antonio Sabater Bargues
15 años, Valencia.



Miguel Herrández—11 años



Asunción Pradas—13 años

¿QUÉ LE DIJO?

—¿Qué le dijo el metra al colchon?
—Toma, para que te empapes.
—¿Qué le dijo el vino al agua?
—Me estropeas el color.
Puyal Trillo
11 años, Valencia.

—¿Qué le dijo un plato de alubias a una codorniz?
—Tu serás de caza, pero yo de bombardero.

El maestro: —¿Cuál es el futuro del verbo robar?
El discípulo: —Pues... ir a la cárcel.
Felicidad Rodríguez
Bilbao



Enrique Navarro—11 años

CHISTES

—Doctor, ¿usted cree que la temperatura va a bajar?
—El doctor, diríjase al Servicio Meteorológico.
Azucena Cervantes
Valencia, 5 años

Un hombre entra en un restaurante, se sienta en la mesa y dice:
—Mozo: Trágame una taza de café sin azúcar.
—Chico, mínteme después vuelva el camarero y dígame: —Perdone, pero no tenemos nata. ¿Lo quiere sin leche?
Vicente Jorge
11 años, Valencia

COLMO
—¿Cuál es el colmo de un vendedor de juguetes?
—Pues vender las muñecas de... las manos.
Francisco Ferrandis
11 años, Valencia



Antonio Sabater Bargues (Valencia). — De los dos parientes que mandas, te publico uno. En cuanto a los chistes que me ofrecés, puedes mandarlos, y si me gustan, se publicarán en este Suplemento **Azuena Cervantes (Valencia)**. — Verás que publico (y chiste, simpática Azucena, y estoy encantado con ser tu amigo, pues me gusta mucho tener amiguitos tan simpáticas como tú.

V. Genovés (Valencia). — Para salir en el Album de Honor no hay que hacer más que mandarme un dibujo que a mí me guste lo bastante para concederle esta distinción.

Paquito Pasual (Valencia). — Querido Paquito: Siempre no poder publicar tu dibujo, porque viene en tinta azul. Para otra vez, mándalos hechos con tinta china negra. **Fernando Pasual Bayona (Patric)**. — A ti te digo lo mismo que al anterior: con la única diferencia de que me mandas los dibujos a lápiz y por lo tanto, no se pueden publicar.

E. Marco Prats (Valencia). — Has legado tarde para que se publique tu dibujo de «La Plancha». Cuando quieras mandar algún trabajo de actualidad, procura remitirlo con alguna antelación.

Rosarín Gómez (Valencia). — Intentare publicar uno de tus dibujos, aunque no sé si podrá ser, ya que la tinta en que vienen hechos no es del todo negra. De todas formas, puedes mandarme trabajos pero con tinta china que sea muy negra, muy negra, muy negra.

Ella Morrocho (Valencia). — ¿Pero como se te ha ocurrido escribir para «El Peque» esas cosas tan tristes? Por Dios, amiga, que aquí no queremos llorar ni poner tristes a nuestros amiguitos. Frúbala con otra cosa más alegre, porque lo haces bien.

LA JIRAFÁ BLANCA

(Continuación)

también, como queriéndole indicar que tenía que suministrarle noticias de países lejanos; pero como el antilope no aceptaba la petición invitación, se enderezó de impaciencia, adelantando algunos pasos.

El orígo se plantó, firme sobre sus jarretes, adelantó la cabeza y presentó al adversario sus agudos cuernos, verdaderos grandes osos.

La fiera se detuvo indecisa, levantó una pata, bufó, dió un salto oblicuo y clavó las garras en el flanco del antilope, que retrocedió vivamente, sin permitir un lamento, y respondiendo con dos poderosos cornadas.

El león, herido en el pecho, rugió dolorosamente y renovó el asalto con mayor ímpetu.

El orígo le hizo frente con intrepidez y aunque herido, comenzó a dar cornadas a diestro y siniestro.

Tan bien se seguía, que a los tres o cuatro minutos, el león,

Esperar a que hubiese muerto, hubiera sido para ellos algo peligroso, por lo cual, bajando las carabinas, enviaron al moribundo dos balas que abrieron su agonía.

—Vamos a tener un almuerzo de principios —dijo William—. La carne de orígo pasa por ser un bocado exquisito. Vamos a ver si es verdad.

Sin perder minuto, se arremangó, desolló al pobre orígo, fabricó dos tripodes con madera durísima y los guarneció con bitinos trozos de carne, vigilando celosamente la cocción. Del león no se ocuparon ni uno ni otro, aun cuando les doliese a ambos abandonar aquella magnífica piel.

Una hora después, los dos alemanes, echados sobre la hierba, daban muestras, al devorar a dos carrillos, que la carne de orígo era un manjar privilegiado y digno, por todos conceptos, de los adonados a las buenas tajadas.

Una sola cosa faltó en el festín: el agua.

Y como ni William ni el doctor poseían la facultad del orígo, que, como el camello, resiste largamente la sed de las regiones áridas, dos horas después, sin ovidar lo que quedaba del asado, se dirigían en busca de una fuente.

Habían llegado ya a orillas de un arroyuelo y estaban parándose para refrescar algo, cuando el doctor vio a William saltar rápidamente en la orilla.

—¿Habéis visto algún otro animal? —le preguntó.

—No.

—¿Por qué habéis salido del agua?

—No habéis oído nada vos?

—Sí: el murmullo del agua —respondió el doctor, riendo.

—¿Y un disparo?

—¿Un disparo? ¿Qué decis?

William, en vez de responder, se inclinó hacia adelante, como si tratara de recoger algún lejano ruidito.

—¿Qué escucháis? —preguntó el doctor.

—Os digo que Kambusi se acerca —respondió William, levantándose con el rostro radiante.

—¿Como lo sabéis?

—¿Decís que no habéis oído nada?

—No: sabéis que soy algo duro de oído.

—Pues yo he oído una detonación lejana.

—¿Es posible! —exclamó el doctor.

—Mi oído es muy fino.

—¿Y nosotros?

—Nosotros, responderemos —dijo William—. Doctor, desatendad vuestra carabina.

Levantaron las carabinas e hicieron fuego. Las dos detonaciones resonaron sordamente en la densa atmósfera, como en medio de la niebla.

El humo permaneció casi firme en una nube blanquecina, a dos o tres metros del suelo.

William se había agachado y escuchaba. Poco después, se levantó, diciendo: —Han respondido. He oído un disparo.

—¿Como lo hará para encontrarnos el que nos busca?

—Continuaremos disparando a intervalos de cinco minutos —respondió William.

—¿Será Kambusi?

—Tengo la seguridad completa.

Volieron a cargar las armas, y al cabo de cinco minutos hicieron fuego otra vez.

Una tercera detonación respondió, y esta vez tan fuerte, que casi la oyó el doctor.

—¡Vamos al encuentro del bravo negro! —dijo William—. Los dos alemanes se pusieron en camino tomando por un sendero casi trazado, sobre el cual, las ramas, rotas como si se hubiesen abierto camino los escafates, formaban una especie de sendero. Los disparos se sucedían a regulares intervalos, cada vez más próximos. Kambusi, suponiendo que fuese él, se acercó a la aprieta, guiado por los disparos de los dos cazadores.

Finalmente apareció un hombre en una revuelta del sendero. William no se había engañado. Aquel hombre era Kambusi. El negro, apenas divisó a su amo, se lanzó a su encuentro, gritando: —¡Señor! ¡La jirafa blanca!

William y el doctor, sorprendidos por la sorpresa, exclamaron: —¡La jirafa blanca!

—Sí, señor: Cruzó ayer noche la llanura guiando un numeroso tropel de compañeros.

—¿No te habrías engañado? —gritó el doctor.

(Continuará)



El orígo le hizo frente con intrepidez...

bien que joven aún y poco aguerrido, no podía resollar, sacando fuera la lengua y perdía mucha sangre por sus numerosas heridas.

Con todo, aun debía sonreírle la victoria. Lanzándose con un poderoso salto, cayó sobre el ruminante, al cual rompió el espinazo, tendiéndolo debajo agonizante, y no le abandonó hasta que vio que el desgraciado había expirado.

No pudo, sin embargo, gozar mucho tiempo del triunfo, ya que tenía el pecho abierto y las tripas le salían del vientre. Arrastróse, con el esterior de la agonía, al pie del árbol, detrás del cual se hallaban escondidos los cazadores.

¡REVOLTILLO!

CHASCARRILLOS

—¡Hola, Pepel! ¿Cómo está tu mujer?
—No lo sabes?
—¿Hace mucho tiempo que no le veo la cara?
—¿Pues cómo?
—Porque se pirra de un modo escandaloso.

El médico.—¿Usted se resiste a tomar el remedio? Tómelo pensando que es cerveza.
El enfermo.—Entonces mejor es que tome cerveza pensando que es el remedio.

Las camisas del Obispo

El arzobispo de Burdeos, M. Avian de Sanzay, era tan caritativo que daba todo a los pobres, privándose de lo más necesario. Llegó a carecer de ropa interior, y cuando le hablaban de comprarla, respondía siempre: —¡Sí, sí! Ya veremos dentro de unos días.

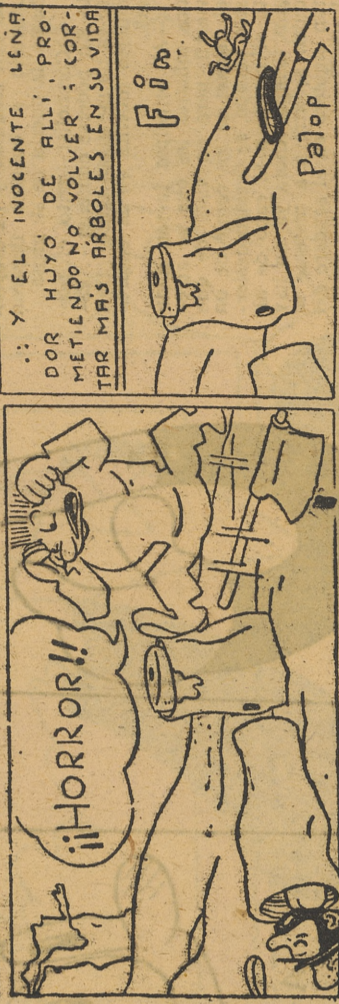
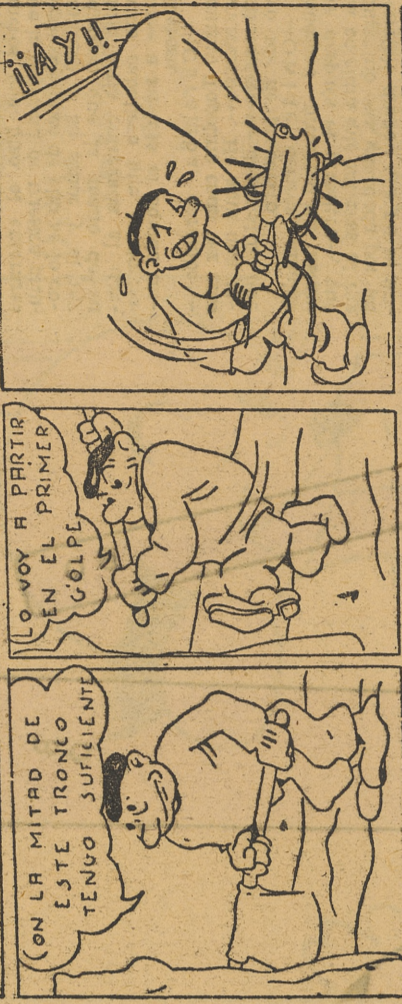
El ama de gobierno ideó entonces una estratagemma, y dirigiéndose al prelado, le dijo:

—Monseñor, yo quisiera, en los ratos de ocio, hacer unas camisas a un pobrecito aniano, que no tiene qué ponerse; pero no tengo para la tela. Si fuérais tan bueno que me diérais algo para la tela.

—¡Sí, pobrecito! —dijo el prelado—. Toma para la tela.

A los pocos días se enteró de que con su ardiente caridad se había hecho una limosna a sí mismo.

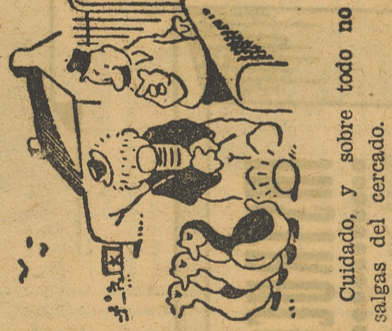
El crimen del leñador



EL AROMA DEL TABACO



LAS OCAS impresionables

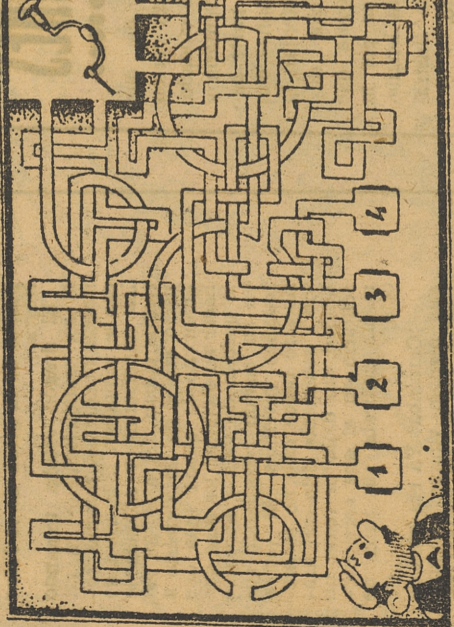


El séptimo concurso infantil

Octavo premio. Número 69.— Ramón Díaz, de 10 años, con domicilio en la Gran Vía de Ramón y Cajal, número 34 Valencia; y

Noveno premio. Número 227.— Enrique García Penadés, de 5 años, domiciliado en la Avenida de Peris y Valero, número 1.

LABERINTO



¿Qué camino ogerá el carpintero para ir en busca de la herramienta que necesita?



Perspicias

Cálvez tiene convidado, y va él mismo al mercado a comprar codornices.

—¿Cuánto valen? —pregunta a la vendedora.

—Llevando las seis que tengo, sé las pondré a tres reales, y sueltas a peseta.

Cálvez compra cinco, y cuenta en casa lo ocurrido.

—Peto hombre —le dice su mujer—, has pagado 20 reales por cinco, y trayendo las seis te hubieran costado 18.

—Tonta —replica—, es que así he escogido las mejores.

Alto, y en un momento de la vida...
para ser el que dice este...
¿Qué es lo que dice este...
carcel, posadero? preguntó...
en el momento que...
aquí le servía las viandas so...
licitadas... Me interesa como...
perito.

Bien se ve que sois foras...
tero—contestó el buen hom...
bre—. Aquí todo el mundo sa...
be que el pergamino y otros...
en los puntos más visibles de...
la ciudad para que sus habi...
tantes conozcan la desgracia...
del rey Bigolmo y de su única...
hija la princesa Pardilla.

Y cuál es esta desgracia y...
—Irreparable, querido ami...
go. Debes saber que la prin...
cesa está muy enferma y no...
sanará hasta que se tome el...
contenido de una botellita mi...
lagrosa, única en el mundo...
que, a decir del sabio Trapa...
lon, se encuentra en la Roca...
Negra de la Montaña Gris, que...
es, conforme se sabe a la...
mano izquierda, por el camino...
que nace en el Valle Rojo.

Y... decidme, posadero...
¿quién es el sabio Trapalón?...
—El sabio Trapalón es uno...
de los consejeros del rey y ha...
llegado a saber por medio de...
una serie de millones de nu...
meros que hizo el enterarse...
de la dolencia de nuestra prin...
cesa. Después de ello se lo co...
municó a su señor y el rey...
dispuso que la mano de su...
hija sería entregada al atra...
vido caballero que proporcio...
nase a su hija el líquido in...
magroso.

¡Caramba, caramba!—...
musitó Topolino cada vez más...
interesado—. He aquí una ja...
nísima manera de llegar al fin que...
yo me he propuesto.

—Oyídme deciros, amable...
aunque prosiguió un instant...
después el posadero—, que...
la botellita que interesa al rey...
Bigolmo está guardada por un...
terrible dragón que no se an...
da con chiriquitas y ha despan...
zurado a cuartos. Llegaron...
hasta la puerta de su gruta.

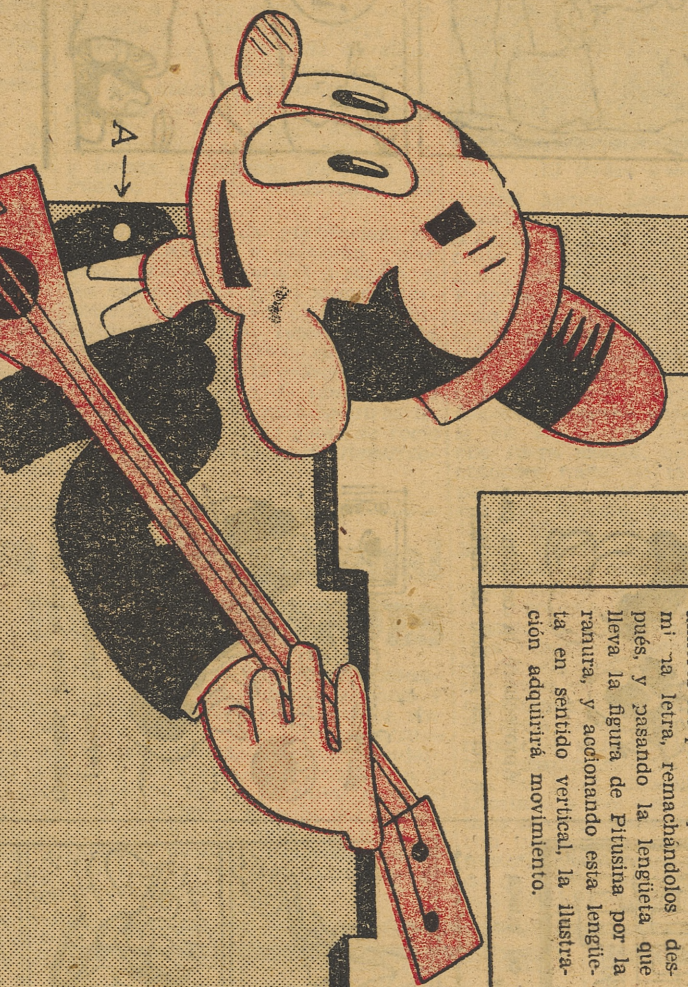
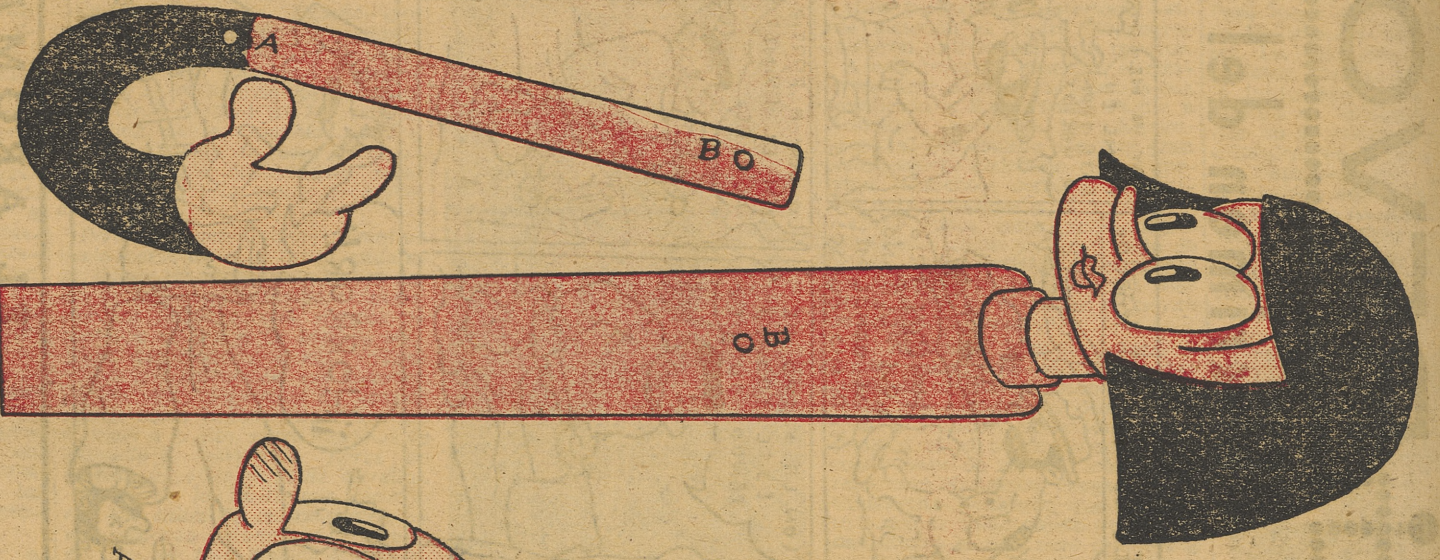
—Corcholis!—gritó el poe...
ta sin poderse contener—. Es...
to ya no me gusta tanto. ¿Han...
muerto muchos en la empre...
sa? —Al principio fueron algu...
nos millares los que se arri...
vieron, pero en vista de que...
el dragón se los comió de un...
solo bocado, se declaró desier...
to el concurso al cabo de al...
gun tiempo. Ahora ya no hay...
quien se atreva a meterse ni...
tan siquiera en el sendero del...
Valle Rojo, y todos los ambi...
ciosos han desistido de ser su...
cesores de Bigolmo.

—¡Cobardes! Por una dama...
que sufre debe exponerse la...
vida y penderla mil veces al...
es preciso. ¡Pues no faltaba...
más!

Y después de pronunciar es...
tas palabras, Topolino se le...
vantó de un salto y encas...
quetándose el sombrero se di...
puso a partir.

Cuando hubo desaparecido...
s, oyó en el comedor de la...
Hostería del Chavel una son...
ra carcajada coreada por to...
dos los que habían asistido a...
la anterior escena, y siguió...
dijo, socarronamente:

—¡Pobre joven! Memado va...
a ser el chasco que se llevará...
esta vez.



INSTRUCCIONES

Pegad las tres piezas de que...
consta la ilustración en un cartón...
delgado y recortadlas con cuidado...
vacelando el hueco de la ventana y...
la ranura que hay en la parte ba...
ja del dibujo grande. Unanse con...
alfileres los puntos que ostentan la...
mi'ra letra, remachandolos des...
pués, y pasando la lengüeta que...
lleva la figura de Píntina por la...
ranura, y acodondando esta lengü...
eta en sentido vertical, la ilustra...
ción adquirirá movimiento.



Creó que le sería muy di...
fícil llegar hasta el Valle Ro...
jo, pero fue cosa de pocos que...
braderos de cabeza encontrar...
lo. Por lo visto, el gobierno se...
preocupaba de las comunica...
ciones y había hecho instalar...
un buen servicio de tranvías...
que llegaban hasta su misma...
entrada. Desde allí pudo se re...
dirigir a seguir las flechas in...
dicadoras, que no faltaban en...
ninguna parte, y a eso del me...
diocidio se acordó, casi sin...
darse cuenta, en la misma...
puerta de la gruta de la Roca...
Negra.

El dragón estaba tomando...
el sol tranquilamente en un...
rincon donde las mismas ro...
cas le ocultaban a la vista de...
los importunos y además le...
respon-daban del albr. Su as...
pecto era el de un viejecito a...
quien no le queda más que...
hacer sino contar los días que...
le quedan de vida y aprovechar...
en su bestión recordando sus...
hazañas juveniles. Al ver a...
nuestro héroe casi ró se mo...
vió y solamente dijo con ara...
billidad, sin dejar de hacer un...
soltuario en el que, oriente...
mente dedicaba sus rayos de...
ceño:

—¡Caramba! Ya era hora de...
que alguien viniese. ¡Cuánto...
tiempo sin recibir visitas! Es...
pera un momento, que te doy...
en seguida el frasco.

Imaginé la sorpresa de To...
polino. Pensaba que tenía que...
escribir la espada y hacer...
otros excesos y se encontraba...
ante un dragón amable que...
hasta le ofrecía el objeto de...
sus ansias. Sin salir de su...
asombro, se atrevió a decir:

—Pero ¿no estaba usted en...
carga de defender a toda...
costa este líquido milagroso?...
En la ciudad me hablaban de...
muchas de sus víctimas...

—Eso fue anoche, niño mío...
Yo entonces era joven y fuerte...
y me ganaba bien la vida. Pe...
ro luego vinieron los tiempos...
malos y, encontrándome solo...
no tuve otro remedio que ven...
darme y entrar al servicio del...
Ayuntamiento como un vulgar...
emplorado. Y así paso mis ul...
timos días esperando que al...
gún día llegara.

Topolino tomó de sus manos...
el frasco maravilloso que tan...
to necesitaba la princesa Par...
dilla, y bien seguro de que na...
da le había justificado en el...
instante en que el dragón se...
había vuelto loco, se lo guar...
dó en el bolsillo y desapareció...
de allí antes de que cambiase...
su buena estrella.

Topolino se apuntó un nue...
vo frasco. Una estúpida aven...
tura más que añadir a la ya...
larga lista de las que venía en...
su haber el simpático y tanto...
como simpático inexperto mu...
chacho. ¿Sabéis cuál había sido...
el fin de la princesa Pardilla...
y el rey Bigolmo?

—Pardotame Píntina. Debe...
activar que me amabas, pe...
ro he sido un estúpido. Ahora...
te la Providencia nos une la...
prometo cambiar de vida y no...
separarme jamás de ti.

Al pronunciar las últimas...
palabras habían llegado al...
suelo y la tela del pergamino...
les cubrió totalmente.

—Me enamoré del sol, como...
tú te enamoraste de una es...
trella, y también quise llegar...
a él. Pero, por más que volé...
no pude lograrlo, y ahora iba...
a descender comprendiendo mi...
locura.

—Si, tienes razón. Hemos...
comerido ambos una locura...
propia de chiquillos.